

dado de vuestro desertor, en medio de la ociosidad de la temporada de aguas. En otro tiempo me hicieron mucho bien, pero el cocinero de M. de Richelieu me hizo mucho daño. Espero que seguiréis mejor régimen que yo. Vuestro estómago se parece algo al mío; por eso es preciso que seáis muy prudente. Por mi parte, después de haber probado aguas frías y aguas calientes, y todas las clases de régimen, buenas y malas; después de haber pasado por las manos de los charlatanes, médicos y cocineros; después de haber estado enfermo en Berlín el invierno pasado, he empezado á cenar, á comer y hasta á almorzar: me dicen que estoy mucho mejor, y que me he rejuvenecido; yo sé muy bien que no hay nada de eso; pero he vivido tranquilamente seis meses casi seguidos con mi rey, comiendo como un diablo, tomando, como él, un poco de ruibarbo en polvo cada tres días. Os confío el secreto, por si alguna vez queréis ponerlo en práctica; es bueno para los reyes y para sus chambelanes, y tal vez lo sea para vos; pero temo furiosamente el invierno, por vos y por mí. Paréceme que es nuestra estación más peligrosa; sería para mí la más agradable si la pasase en vuestra compañía; pero dudo mucho que pueda abrazaros este invierno en París. Tengo algunas ocupaciones anejas á mi cargo, y temo no poder desembarazarme de ellas tan pronto como yo quisiera; y si el invierno empieza antes de que mi trabajo haya concluido, no habra medio de partir. No tengo en la corte donde me encuentro los consuelos que vos tenéis en París; me hago viejo, hija mía; pero hay flores y frutos en todo tiempo. Nunca he disfrutado una vida más feliz y más tranquila. Figuraos un castillo admirable, donde el dueño me deja completa libertad, hermosos jardines, buena mesa, algún trabajo, compañía

y cenas deliciosas con un rey filósofo, que olvida sus cinco victorias y su grandeza. No negaréis que se me puede excusar el haber abandonado á París. Sin embargo, no me puedo perdonar el estar tan lejos de vos y de mi familia. He estado á punto de hacer un viaje á París. Hubiera pasado por Estrasburgo y Luneville, y hubiera ido á tomar en vuestra compañía las aguas de Plombières. Me veo obligado á diferir por largo tiempo mi viaje; pero si Dios me da vida, me propongo abrazaros lo más tarde la primavera próxima.

### Á MADAMA DENIS

EN PARÍS

Berlín, 2 de Septiembre de 1751.

Aún tengo tiempo, hija mía, de enviaros un nuevo paquete. En él encontraréis una carta de La Métrie para el señor mariscal de Richelieu, implorando su protección. Á pesar de que es lector del rey de Prusia, arde en deseos de volver á Francia. Este hombre tan alegre, y que pasa por reírse de todo, llora á veces como un niño de verse aquí. Me conjura á que solicite de M. de Richelieu que le obtenga el perdón. En verdad, no hay que fiarse de apariencia.

La Mettrie, en sus prefacios, hace gala de su extremada felicidad en hallarse al lado de un gran rey que le lee algunas veces sus versos; en secreto llora conmigo. Desearía volverse aunque fuera á pie; pero ¿yo, ¿por qué estoy aquí? Voy á causaros un gran asombro.

El tal La Mettrie es un hombre sin consecuencia, que habla familiarmente después de la lectura. Me habla con confianza, y me ha jurado que, hablando



con el rey días pasados de mi supuesto favor y de los celos que excita, le respondió Su Majestad : « Tendré necesidad de él todavía un año cuando más. Se estruja la naranja, y se arroja la cáscara. »

Me he hecho repetir estas dulces palabras; he vuelto á preguntar, y él ha vuelto á jurarme que era cierto. ¿ Lo creeríais vos? ¿ Debo creerlo? ¿ Es posible? ¡ Cómo! después de seis años de bondad, de ofrecimientos, de promesas; después de la carta que quiso que conserváseis como prenda inviolable de su palabra... Y cuando, precisamente, cuando lo estoy sacrificando todo por servirlo; cuando no solamente corrijo sus obras, sino cuando compongo al margen de las mismas una retórica y una poética con todas las reflexiones que me ocurren acerca de la propiedad de nuestra lengua, con ocasión de las ligeras faltas que puedo observar, procurando únicamente ayudar á su genio, ilustrarle y ponerle en disposición de poder arreglarse sin mí.

Seguramente sentía un vivo placer, y consideraba como una gloria el cultivar su gloria; todo contribuía á mantener mi ilusión. Un rey que ha ganado batallas y provincias; un rey del Norte que hace versos en nuestra lengua; un rey, en fin, á quien yo no había buscado, y que me decía que me quería. ¿ Á qué todas estas demostraciones? No sé qué pensar. Hago lo que puedo por no creer á La Mettrie.

Sin embargo, al releer sus versos, me he fijado en una epístola suya dirigida á un pintor llamado Pène. He aquí los primeros versos.

Quel spectacle étonnant vient de frapper mes yeux !  
Cher Pène, ton pinceau te place au rang des dieux.

El tal Pène es un hombre á quien ni siquiera mira;

sin embargo, le llama *querido* y *dios*. Pudiera suceder lo mismo conmigo; es decir, que no le importara yo gran cosa. Acaso en todo lo que escribe sólo toma parte su espíritu y está muy lejos su corazón. Acaso todas sus cartas, en que me prodigaba prueba de bondad tan vivas y tan conmovedoras, no significaban absolutamente nada.

He aquí armas terribles que os suministro contra mí. Me veré justamente condenado por haber sucumbido á tantas caricias. Me tomaréis por M. Jourdain, que decía : « ¿ Puedo negar nada á un señor de la corte que me llama su querido amigo? » Pero yo os responderé : « Es un rey amable. »

Ya podéis imaginar qué reflexiones, qué dudas, qué embarazos y, para decirlo de una vez, qué pena me han producido las palabras de La Mettrie. Me diréis tal vez : Partid; pero yo no puedo decir : Partamos. Cuando se ha empezado alguna cosa, hay que acabarla; tengo entre manos dos ediciones, y he contraído compromisos para algunos meses. Por todos lados me apremian : ¿ qué hacer? Ignorar que La Mettrie me ha hablado, no tener confianza sino en vos, olvidarlo todo, y aguardar.

Seguramente vos seréis mi consuelo. No podré nunca decir de vos : Me ha engañado diciéndome que me amaba. Aun cuando fuérais reina, seríais sincera.

Escribidme, os suplico, largamente todo lo que pensáis, por el primer correo que se despache á Mylord Tyrconnel.

AL SEÑOR PRESIDENTE HÉNAULT

Berlín 28 de Enero de 1752.

Os debo nuevos testimonios de gracias, mi querido



é ilustre colega, y os dedicaré el *Siglo de Luis XIV* si se hace en Francia una edición á cara descubierta. He enviado á París el primer tomo corregido conforme á vuestras indicaciones. Me lisonjeo con la idea de que no se opondrán á la impresión de una obra que, en cuanto de mi ha dependido, no es más que el elogio de la patria y que va á inundar á Europa.

Me admira mucho la apariencia de ironía que halláis en este primer volumen; sólo he querido hacer brillar en él la filosofía y la verdad, pasando ligeramente por ese cúmulo de detalles de guerras que en su tiempo causaron tantas desgracias y excitaron tanto la atención, y que al cabo de un siglo sólo producen hastío. Hasta he terminado de este modo el primer tomo:

« He aquí el compendio, acaso demasiado largo, de los más importantes acontecimientos de este siglo; estas grandes cosas parecerán pequeñas algún día, cuando se confundan en la multitud inmensa de las revoluciones que trastornan el mundo, y sólo quedaría entonces un débil recuerdo si las artes perfeccionadas no difundiesen sobre ese siglo una obra única que jamás perecerá. »

Por esto podéis ver que el segundo tomo es el objeto principal, y este objeto lo hubiera alcanzado mucho mejor si hubiera trabajado en Francia. Las bondades de un gran rey, y el encarnizamiento de mis enemigos, me han privado de este recurso. Os suplico, señor, que agreguéis á todas vuestras bondades la de decir á monsieur d'Argensón que cuento con la suya. Me han dicho que ha quedado descontento de un paralelo entre Luis XIV y el rey Guillermo.

Es verdad que desgraciadamente se ha omitido en la imprenta el rasgo principal que da toda la ventaja al rey de Francia. Helo aquí:

« Los que estiman más un rey de Francia que sabe dar el trono de España á su nieto, que un yerno que destrona á su suegro; los que admiran más al protector que al perseguidor del rey Jacobo, darán la preferencia á Luis XIV. »

Por otra parte, monsieur d'Argensón no puede ignorar que Luis XIV y Guillermo han sido siempre término de comparación en Europa. Debe ignorar menos aún que la historia no ha de ser un insulto panegirico, y si ha tenido tiempo de leer el libro, ha podido echar de ver que he elogiado cuanto he podido, y cuanto me ha sido posible, á la nación y á los que la han servido. El artículo de su padre no ha debido desagradarle.

En fin, señor, he pretendido erigir un monumento á la verdad y á la patria, y espero que no se servirán de las piedras del mío para apedrearme. Me lisonjeo, además, con que vos no os limitaréis al simple papel de consejero. Desearía que la posteridad supiese que el hombre del reino más capaz de ilustrarme con sus luces es el que me ha dispensado mayores pruebas de bondad. Os suplico que hagáis presentes mis respetos á madama du Deffand, y que me conservéis la amistad que constituye mi gloria y mi consuelo.

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Postdam, 10 de Junio de 1752.

Héroe mío, vuestras bondades me han hecho experimentar una especie de placer que no había gustado hace tiempo. Al leer vuestra hermosa carta de treinta y dos páginas, he creído oíros y veros; me he figurado asistir á vuestro chocolate, en medio de vuestras pagodas, y gustar el placer delicioso de vuestra conversación. Os

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" #183  
1825 MONTERREY, MEXICO



doy las gracias con el mayor encarecimiento y cariño por los datos que habéis tenido la bondad de enviarme y que son casi los únicos que me faltaban.

Ya sabéis que había pasado cerca de un año haciendo extractos de las cartas de todos los generales y de muchos ministros; dudo que haya hoy en Europa quien esté tan al corriente como yo de la última guerra. Esto me ha permitido entrar en los detalles, porque se trata de una historia particular; pero estos detalles exigen el mayor arte. Es difícil conservar un acontecimiento particular en medio de la multitud de revoluciones que trastornan la tierra. Se suceden unos á otros tantos proyectos, tantas ligas, tantas guerras, tantas batallas, que al cabo de un siglo lo que parecía en su tiempo tan grande, tan importante y tan único, deja el puesto á acontecimientos nuevos que ocupan á los hombres y que hacen caer en el olvido los anteriores. Todo desaparece en esa inmensidad; todo se reduce á un punto en el mapa; y las operaciones de la guerra producen á la larga tanto fastidio como inquietud produjeron cuando de ellas dependía la salud del Estado.

Si creyese poder comunicar algún interés á ese conjunto complicado de hechos, me vanagloriaría de haber realizado la más difícil de mis obras; pero lo que me hace esta tarea agradable y fácil es el placer de hablar con frecuencia de vos. Mi monumento de papel no valdrá tanto seguramente como el monumento de mármol que sabéis.

Veremos, sin embargo, quién habrá obtenido mayor parecido, si el escultor ó yo. Si el señor mariscal de Noailles fuera tan complaciente y laborioso como vos, y si se dignase terminar lo que emprende con el mayor entusiasmo, el *Siglo de Luis XIV* valdría más.

No sé si sabéis que este *Siglo* era la continuación de

una historia general que compuse desde Carlomagno hasta nuestros días. Me han robado una parte de esta obra y todo lo que se relacionaba con las artes. Sólo me ha quedado *Luis XIV*; pero una primera edición no es más que un ensayo. Aunque hay en estos dos volúmenes diez veces más cosas útiles é interesantes que en todas las historias inmensas y fastidiosas de Luis XIV, sé muy bien, sin embargo, que faltan muchos rasgos en este cuadro. He cometido pecados de omisión y de comisión. Varias personas instruidas han tenido á bien comunicarme sus luces, de las que me aprovecho todos los días; he aquí por qué no he querido que entrasen en París ni la edición hecha en Berlín ni las que se han hecho en seguida en Holanda y Londres. Me hallo en la necesidad de hacer una nueva, que ha empezado ya mi librero de Leipzig. Si el señor mariscal de Noailles no tiene la bondad de hacer un esfuerzo, esta edición resultará también imperfecta.

No me atrevo á proponeros, monseñor, que os encerréis una hora ó dos para ponerme al corriente de ciertas cosas que tal vez recordaríais; con ello haríais un servicio á la patria y á la verdad. Este motivo tendrá más influencia que mis súplicas. Inmediatamente haría uso de vuestros informes. Mi sobrina debe tener al presente dos ejemplares llenos de correcciones hechas á la mano; desearía que pudiérais y tuviérais la bondad de examinar uno. Vuestra carta de treinta y dos carillas me hace ver hasta dónde llega vuestra capacidad, y me da atrevimiento para suplicaros de nuevo. Parece que no podríais emplear más dignamente una hora del ocio de que disfrutáis. Si hubiese al presente alguna guerra, no os haría semejantes proposiciones, pues estoy seguro que entonces no tendríais tiempo y que estaríais mandando nuestros ejércitos.



En el siglo que he procurado retratar había un francés de quien fuisteis discípulo, y que hizo felizmente la guerra y la paz. Estoy persuadido de que con vos Francia no tiene necesidad de extranjeros para hacer la una y la otra. ¿Quién posee en más alto grado que vos el talento de decidir á tiempo y de hacer maniobras atrevidas, talento que constituye la gloria del príncipe Eugenio, á quien tanto habéis conocido? ¿Quién haría la guerra con más vivacidad, ó la paz con más alteza de miras? ¿Qué oficial hay en Francia de más experiencia que vos? Y, ¿qué me decis del ingenio? Pero, según todas las apariencias, no hay peligro de que entren en campaña vuestras relevantes dotes: Europa está demasiado armada para hacer la guerra. Pero si por casualidad mete el diablo la pata, con tal que el genio de la Francia dirija nuestros negocios por vuestro conducto, no hay peligro de que yo sea vuestro historiador. Me hallo en un estado en que no debo contar para nada con la vida. Tal vez os sorprenderá que en semejante situación escriba el *Siglo de Luis XIV*, la *Historia de la guerra de 1744*, *Roma salvada* y otras bagatelas; pero es porque me sobra tiempo, y aunque estoy en una corte, no tengo que hacer para nada el papel de cortesano ni desempeñar el menor servicio cerca del rey. Vivo en Postdam como me habéis visto vivir en Cirey, con la única diferencia de que mi beneficio actual no tiene cura de almas. La vida del castillo es la que mejor conviene á un enfermo y á un emborronador. Hay mucha distancia de mi tranquila celda del castillo de Postdam al viaje de Nápoles y de Roma. Sin embargo, si es cierto que os toméis esta distracción, os juro que iré á buscaros.

Es cierto que mi extremada curiosidad, que jamás he visto satisfecha con respecto á Italia, y mi salud me

hacen continuamente pensar en este viaje, que sería, por otra parte, muy corto; pero os juro, monseñor, que tengo más ganas de haceros la corte que de visitar la ciudad subterránea. Me he creído á veces á punto de morir; mi mayor pesar consistía en no haber tenido el consuelo de volveros á ver. Me parece que después de treinta y cinco años de adhesión no debía estarme reservado morir tan lejos de vos. El Destino lo ha dispuesto de otro modo. Somos como pelotas que la mano de la Suerte empuja ciegamente y de un modo irresistible. Damos dos ó tres botes, unos sobre el mármol y otros sobre un estercolero, y luego quedamos completamente anonadados. Tal es nuestra suerte. El consuelo que nos quedaria á cierta edad sería el poder dar un bote aún para caer junto á las personas á quien hemos consagrado desde hace largo tiempo nuestro corazón. Pero, ¿sé lo que será de mi mañana? Ocupemos como podamos, de cuarto en cuarto de hora, la vanidad de nuestra vida. Si es permitido esperar algo á un hombre cuya máquina se destruye diariamente, espero ir á veros este año, antes de que entréis de nuevo en el ejercicio de vuestro cargo, á fin de que mi amistad no os haga perder un tiempo precioso.

Esperamos aquí al caballero de Latouche; le veré con placer, pero le veré poco. El gusto del retiro me domina actualmente. Me gusta Postdam cuando el rey está en él y también cuando no está. Engaño mis enfermedades con un trabajo asiduo y agradable. Tengo á mi lado dos literatos que son mis lectores y mis copistas, y que me distraen; estoy enteramente libre al lado de un rey que piensa en todo como yo. Algarotti y d'Argens vienen á verme todos los días al castillo en que vivo; vivimos los tres como hermanos, como buenos frailes en un convento. Dispensad á mi tierno ca-



riño el que os dé cuenta exacta de mi vida; debería estaros consagrada por completo. Permitid al menos que os someta el cuadro de ella. Mi alma, siempre dependiente de la vuestra, debía daros cuenta del uso que hago de mi existencia. No me habéis hablado del señor duque de Fronsac ni del señor duque de Richelieu; deseo, sin embargo, que seáis tan feliz padre como merece serlo un hombre tan digno de consideración como vos. La felicidad doméstica es á la larga la más sólida y agradable. Adiós, monseñor; hago mil votos por que seáis feliz largo tiempo y por que yo pueda ser testigo de vuestra felicidad algunos momentos.

Si mi camarada Lebailli, encargado de negocios desde la muerte del cáustico é ignorante Tyrconnel, me hubiera advertido, al entregarme vuestro paquete, la época en que debía partir de nuevo el correo que lo había traído, os hubiera contestado más extensamente, pero no hubiérais recibido la respuesta sino al cabo de seis semanas, pues dicho correo va á Hamburgo y espera allí largo tiempo los despachos del Norte. Prefiero entregarme al placer de escribiros y hacer llegar á vuestro conocimiento, lo más pronto posible, la cariñosa seguridad de mi respetuosa adhesión, más bien que enviaros unos libros que, por otra parte, recibiríais mucho más tarde que los que deben ya estar en manos de mi sobrina para que os los entregue.

Echo de ver que me he entretenido en hablar demasiado, cuando había ya creído acabar mi carta.

Perdonad esta prolijidad á un hombre que cuenta entre las más lisonjeras satisfacciones de su vida la de estar en correspondencia con vos y la de ofrecer os su corazón. Adiós una vez más, héroe mío; adiós, hombre respetable que sostenéis el honor de la patria. Si no os profesara el más vivo afecto, creo que os sería

sumamente adicto por vanidad. Seguidme dispensando pruebas de vuestra bondad, que prefiero á todo.

### Á MADAMA DENIS

Postdam, 24 de Julio de 1752

Tenéis razón de sobra, vos y vuestros amigos, en instarme á que regrese; pero no siempre me habéis instado por medio de correos extraordinarios, y lo que se hace por conducto del correo ordinario es pronto del dominio público. Aun cuando la ausencia no acarreará más desgracias (y acarrea otras muchas), bastaría para que no nos separásemos nunca de la familia y de los amigos. El establecimiento de los correos es una linda invención, pero sólo para las letras de cambio. Por lo que toca al corazón, sale mal librado; desde el momento que se está lejos hay que mantenerlo cerrado, y nos vemos privados del mayor de los consuelos.

No os escribo ya, hija mía, sino por conducto seguro, lo cual es raro. He aquí mi situación: Maupertuis ha hecho correr discretamente el rumor de que yo encontraba muy malas las obras del rey; me acusa de conspirar contra una potencia peligrosa como es el amor propio; anda diciendo por ahí que, habiéndome enviado el rey unos versos para corregirlos, había yo respondido: « ¿ Cuándo se cansará de enviarme su ropa sucia para que se la lave? » Estas palabras se las dice al oído á diez ó doce personas, recomendándoles el secreto. Al fin creo observar que el rey está al corriente del asunto.

No es más que una duda, pero no puedo ponerla en claro. La situación no es muy agradable; pero no es esto todo.

Á fines del año pasado llegó aquí un joven llamado



La Beaumelle, que es, según creo, de Ginebra <sup>1</sup>, y que había sido despedido de Copenhague, donde hacía á medias de predicador y de literato. Es autor de un libro titulado *Mis pensamientos*; libro en que dice con la mayor libertad su parecer contra todas las potencias de Europa. Maupertuis, con su bondad ordinaria y sin pizca de malicia, persuadió á dicho joven que yo había hablado muy mal al rey de su libro y de su persona, y que yo le había impedido entrar en el servicio de Su Majestad. Inmediatamente el tal La Beaumelle, á fin de vengar el daño supuesto que le he hecho, ha preparado unas notas escandalosas para *El siglo de Luis XIV*, que piensa hacer imprimir no sé dónde. Los que han visto estas lindas notas, dicen que tienen tantas tonterías como palabras.

En cuanto á la disputa de Maupertuis y de Kœnig, he aquí el motivo:

El tal Kœnig está enamorado de un problema de geometría, como lo estaban los antiguos paladines de sus damas. El año pasado hizo un viaje de la Haya á Berlin, á fin de conferenciar con Maupertuis acerca de una fórmula de álgebra y de una ley de la naturaleza que á vos maldito lo que os interesa. Le enseñó dos cartas de un viejo filósofo del siglo pasado llamado Leibnitz, que tampoco os interesa mucho, y le hizo ver que Leibnitz había hablado de la misma ley, y combatía su opinión. Maupertuis, que se ocupa más en lo que él cree intrigas de corte que en las verdades geométricas, ni siquiera leyó las cartas de Leibnitz.

El profesor de la Haya le pidió permiso para exponer su opinión en los periódicos de Leipzig; y obtenido este permiso, refutó con la mayor cortesía en dichos periódicos

1. Había sido educado en Ginebra, pero era de Valerangue en el Bajo Languedoc.

dicos la opinión de Maupertuis, y para ello se apoyó en la autoridad de Leibnitz reproduciendo fragmentos de cartas de éste que se relacionaban con la discusión. Ahora viene lo más extraño.

Habiendo recorrido Maupertuis y leído mal el periódico de Leipzig y los fragmentos de Leibnitz, se le metió en la cabeza que éste era de su opinión, y que Kœnig había forjado dichas cartas para arrebatárselas á él, á Maupertuis, la gloria de haber inventado una tontería. Con tan sólido fundamento hizo reunir á los académicos, á quienes tiene cargo de pagar el sueldo; acusó formalmente á Kœnig de falsario, y le hizo condenar sin que nadie expusiese su opinión y á pesar de la oposición del único geómetra que había en dicha asamblea.

Hizo más aún; no asistió al juicio, pero escribió una carta á la Academia para solicitar el perdón del culpable, que estaba en la Haya, y que no pudiendo ser ahorcado en Berlin fué únicamente declarado falsario y geómetra bribón, con la mayor moderación posible.

Este hermoso juicio se ha impreso, y ahora viene el colmo: nuestro moderado presidente ha escrito dos cartas á la señora princesa de Orange, de quien es bibliotecario Kœnig, para suplicarle que le imponga silencio, y para privar á su enemigo condenado y deshonorado de la facultad de defender su honor.

Hasta ayer no han llegado estos detalles á mi soledad. No deja uno de ver cosas nuevas en este mundo: hasta ahora no se había visto un proceso criminal en una Academia de Ciencias. Es, pues, una verdad demostrada que hay que huir de este país.

Voy poniendo mis asuntos en orden, sin ruido. Os abrazo muy tiernamente.



## Á MADAMA DENIS

EN PARÍS

Postdam, 15 de Octubre de 1752.

He aquí una cosa de que no hay ejemplo y que no será imitada; es una cosa única. El rey de Prusia, sin haber leído una palabra de la respuesta de Kœnig, sin escuchar, sin consultar á nadie, acaba de escribir y hacer imprimir un folleto contra Kœnig, contra mí y contra todos los que han querido justificar la inocencia de este profesor tan cruelmente condenado. Trata á todos sus partidarios de envidiosos, de tontos y de gente mala. Helo ahí el folleto singular; lo ha hecho un rey <sup>1</sup>. Los periodistas de Alemania, que no podían figurarse que un monarca que ha ganado batallas, fuese autor de semejante obra, han hablado libremente de ella como de un ensayo de un escolar que no entiende palabra de la cuestión. Sin embargo, se ha reimpresso el folleto en Berlín, con el águila de Prusia, una corona y un cetro delante del título. El águila, el cetro y la corona están asombrados de verse allí. Todo el mundo se encoge de hombros, baja los ojos y no se atreve á hablar. Si la verdad se desvía del trono, es precisamente cuando el rey se hace autor. Las coquetas, los reyes y los poetas están acostumbrados á que se les adule. Federico reúne estas tres coronas. No hay medio de que la verdad pase esta triple muralla del amor propio. Maupertuis no ha podido llegar á ser Platón; pero quiere que su amo sea Dionisio de Siracusa.

1. Se titulaba: *Carta al público*.

Lo más raro en este cruel y ridículo asunto es que el rey no puede ver á Maupertuis, en cuyo favor emplea su cetro y su pluma. Platón ha estado en ocasiones á punto de morir de dolor por no haber sido invitado á ciertas cenas á que yo asistía; y el rey nos ha confesado cien veces que la vanidad feroz de este Platón le hacía insoportable.

En esta ocasión ha escrito en prosa, en su defensa, como en otra ocasión lo hizo en verso, por d'Arnot únicamente, por el placer de hacerlo; pero en esta ocasión entra en juego un placer mucho menos filosófico, el de mortificarme; y ésta creo que es la madre del cordero.

Pero no es esto sino lo menos importante de lo que ocurre. También resulto autor, desgraciadamente, pero en el partido contrario. No tengo cetro, pero sí pluma, y no sé cómo ha sido, pero lo cierto es que ha puesto un tanto en ridículo á Platón, con sus gigantes, sus predicciones, sus disecciones y, sobre todo, su impertinente disputa con Kœnig. La burla es inocente; pero no sabía yo que cazaba en lo vedado del rey. El asunto no puede ser más desdichado. Tengo que haberme las con el amor propio y el poder despótico, dos seres muy peligrosos. Debo, por otra parte, presumir que mi trato con el señor duque de Wurtemberg ha desagradado. Lo han sabido y me han dado á entender que lo sabían. Parece, sin embargo, que Tito y Marco Aurelio no se hubieran incomodado con Plinio en un caso análogo. Estoy en la actualidad muy afligido y muy enfermo; y para colmo de desdicha, ceno con el rey. Es el festín de Damocles. Tengo necesidad de ser tan filósofo como lo era el verdadero Platón en casa del verdadero Dionisio.



## A MADAMA DENIS

Berlín; 18 de Diciembre de 1752.

Os envío, hija mía, los dos contratos del duque de Wurtemberg: es una pequeña fortuna que os aseguro de por vida. Uno á ello mi testamento. No es que yo crea en vuestra antigua predicción de que el rey de Prusia me haría morir á fuerza de disgustos. No me siento de humor para morir de tan necia muerte; pero la naturaleza me hace mucho más daño que él y hay que tener siempre su equipaje dispuesto y el pie en el estribo para emprender el viaje al otro mundo, donde, suceda lo que quiera, los reyes no tendrán gran influencia.

Como no tengo en este mundo ciento cincuenta mil soldados á mi servicio, no pretendo en modo alguno hacer la guerra. Sólo pienso en desertar honradamente, en cuidar de mi salud, volver á veros y olvidar este sueño de tres años. Veo que han *estrujado la naranja* y hay que salvar la corteza. Voy á escribir para mi enseñanza un diccionario para uso de los reyes.

*Amigo mio quiere decir mi esclavo.*

*Mi querido amigo quiere decir me sois completamente indiferente.*

*Os haré feliz significa os toleraré mientras tenga necesidad de vos.*

El diccionario puede ser largo; es un artículo para agregarlo á la enciclopedia.

Hablando en serio, esto oprime el corazón. ¿Es posible todo lo que he visto? ¿Puede haber quien se complazca en sembrar la discordia entre los que viven á su lado, en decir á un hombre las cosas más tiernas y

escribir contra él horribles folletos, en arrancar á uno de su patria con las más sagradas promesas y en mal-tratarle con la más negra iniquidad? ¿Qué contrastes! ¿Y esto lo hace el hombre que me escribía cosas filosóficas, y á quien yo creí filósofo y hasta llamé el Salomón del Norte!

Ya recordaréis aquella hermosa carta que jamás llegó á convenceros. *Vos sois filósofo*, decía, *y yo lo soy también*. Á fe mía, señor, no lo somos ni uno ni otro. Hija mía, no me creeré tal hasta que me encuentre con mis penates en vuestra compañía. Lo difícil es salir de aquí. Ya sabéis lo que os he escrito en mi carta de 1.º de Noviembre. No puedo pedir licencia sino por causa de salud. No hay medio de decir: Voy á Plombières en el mes de Diciembre.

Hay aquí una especie de ministro del Santo Evangelio, llamado Pérard, nacido como yo en Francia. Pidió permiso para asuntos particulares, y el rey le contestó que conocía mejor sus asuntos que él mismo, y que no tenía ninguna necesidad de ir á Paris.

Hija mía, cuando considero en detalle todo lo que aquí pasa, acabo por deducir que esto no es verdad, que la cosa es imposible, que se equivocan y que esto sucedió hace tres mil años en Siracusa. Lo que hay de cierto es que os amo con todo corazón y que vos sois mi consuelo.

## AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Berlín, 26 de Febrero de 1753.

Mi querido ángel: He estado muy enfermo, y al mismo tiempo más ocupado que ningún hombre sano, admirándome de trabajar en el estado en que estoy y



hasta de existir. Sólo me sostiene vuestra amistad y la de madama Denis. Soy aquí el molinero de La Fontaine. Me escriben de todas partes : ¡ Huid !

Fuge crudeles terras, fuge littus iniquum.

VIRG., *En.*, II.

Pero partir cuando hace dos meses que está uno en cama, y no se tiene permiso para ello ; hacerse transportar tendido por entre cien mil bayonetas, no es cosa tan fácil como se cree. Otros me dicen : marchaos á Postdam, el rey ha hecho calentar vuestras habitaciones, id á cenar en su compañía. Esto es aún más difícil. Si se tratase de ir á fraguar una intriga de corte, de conquistar honores y fortuna, de rechazar los tiros de la calumnia y de hacer lo que se hace diariamente al lado de los reyes, iría á desempeñar ese papel como el primero; pero es un papel que detesto, y no tengo nada que pedir á ningún rey. Maupertuis, á quien habéis definido tan bien, es un hombre á quien el exceso de amor propio ha vuelto completamente loco en sus escritos y excesivamente malvado en su conducta ; pero no tengo interés ninguno en ir á denunciar su perversidad al rey de Prusia. Más quejas tengo del rey que de Maupertuis ; porque yo vine por Su Majestad, y no por ese presidente de Bedlam. Lo dejé todo por el rey y nada por Maupertuis ; el primero me había hecho juramentos de amistad á toda prueba, mientras que Maupertuis no me había prometido nada. Éste ha hecho simplemente su papel de pérfido, interesando sordamente el amor propio del rey en contra mía. Maupertuis sabía mejor que nadie á qué excesos lleva el orgullo literario. Ha sabido atacar al rey por su lado flaco. La calumnia ha entrado muy fácilmente en un corazón envidioso y desconfiado por naturaleza. El

cardenal Richelieu estuvo muy lejos de tener tanta envidia á Corneille como el rey de Prusia me tiene á mí. Todo lo que he hecho durante dos años para poner sus obras en prosa y verso, en estado de aparecer, ha sido un servicio peligroso que le desagradaba al mismo tiempo que fingía darme las gracias con la mayor efusión. Por último, su orgullo de autor ofendido le ha llevado á escribir un desdichado folleto en contra mía y en favor de Maupertuis, á quien no puede soportar. Ha comprendido con el tiempo que este folleto le cubría de vergüenza y de ridículo en todas las cortes de Europa, y esto ha contribuido á agriarle más. Para completar el galimatías que hay en todo este asunto, quiere que aparezca que ha hecho un acto de justicia y que lo corona con un acto de clemencia. Ninguno de sus súbditos, por muy prusianos que sean, le aprueba ; pero ya comprenderéis que nadie se lo dice. Es preciso que él se lo diga á si mismo, y lo que él se ha de decir en secreto es que tengo el deseo y el derecho de condenarle por escrito ante la posteridad. En cuanto al derecho creo tenerlo ; pero por el momento no tengo otro deseo que el de irme y acabar en el retiro el resto de mi carrera en brazos de la amistad y lejos de las garras de los reyes que escriben en verso y prosa. Le he escrito todos mis motivos de queja ; le he ilustrado y se lo he dicho todo ; sólo me queda pedirle por segunda vez mi licencia. Veremos si le niega permiso á un moribundo para ir á tomar aguas.

Todo el mundo me dice que me lo negará ; quisiera verlo, por lo raro de la cosa. No tendría más que agregar al *Antimaquiavelo* un capítulo sobre el derecho de retener por fuerza á los extranjeros y dedicarlo á Busiris.